

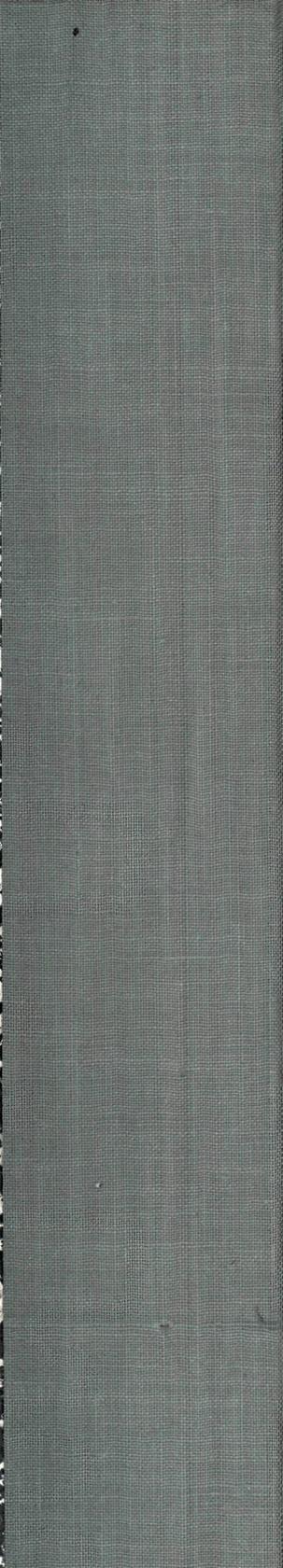
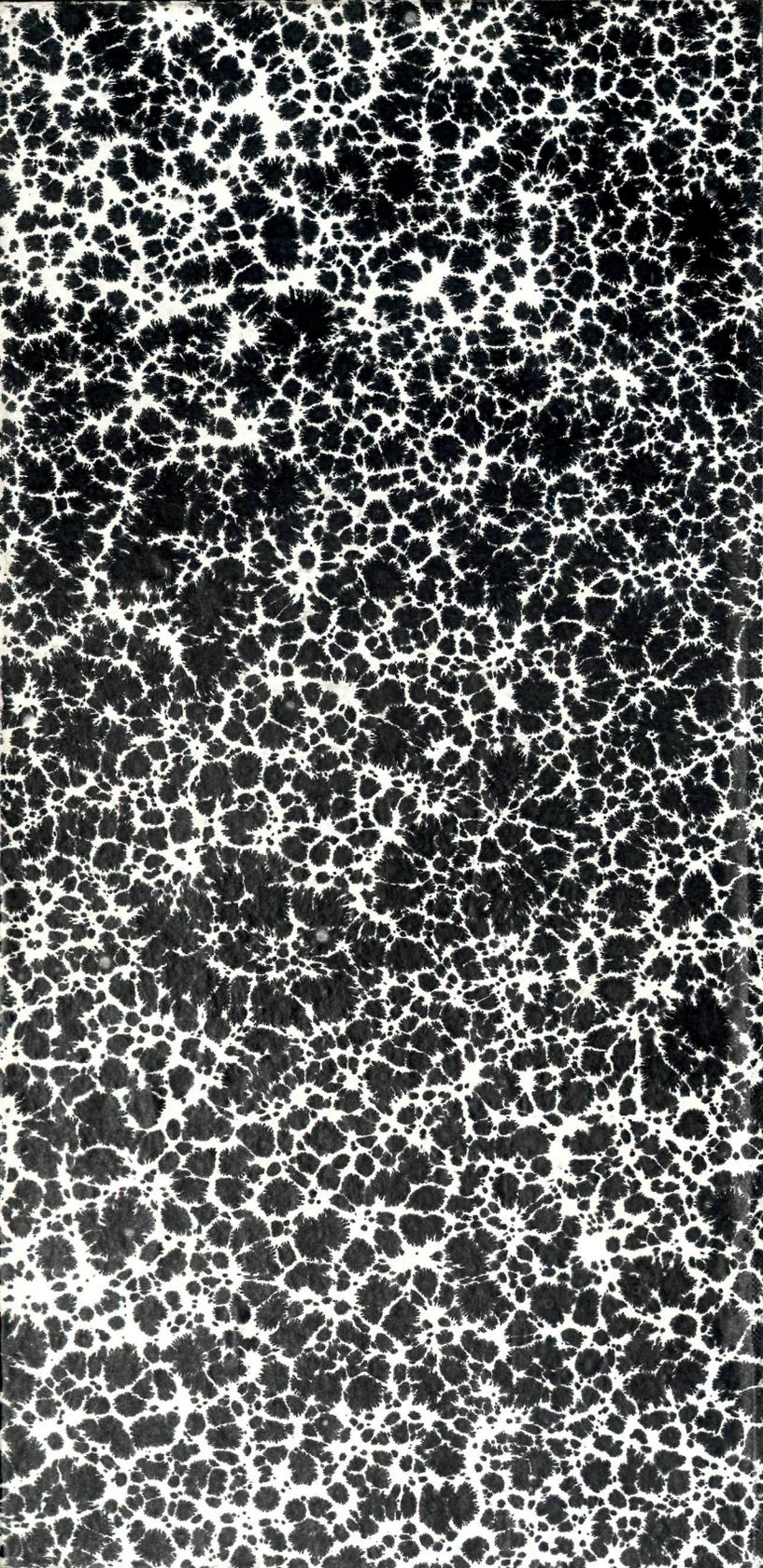
A-C.134/9



DOS

DE

MAVI



V. 2424  
E

14







K. 021/134/7

27

# LA INDEPENDENCIA PATRIA

---

ORACIÓN FÚNEBRE

POR LAS

**HEROICAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO DE 1808,**

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral  
en las solemnes exequias de 1900, ante el Excmo. Ayuntamiento de Madrid  
y otras ilustres Corporaciones civiles y militares por el

**R. P. FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA**

sacerdote de las Escuelas Pías de San Fernando de esta Corte.

---

Publicado por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento  
y con licencia de la Autoridad eclesiástica.

---



MADRID

—  
IMPRENTA MUNICIPAL

1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

HERBERT SPENCER'S THEORY OF EVOLUTION

BY HERBERT SPENCER

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL., U.S.A.

LA INDEPENDENCIA PATRIA

$\frac{E}{38224}$

ORACIÓN FÚNEBRE

POR LAS

HEROICAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO DE 1808,

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral  
en las solemnes exequias de 1900, ante el Excmo. Ayuntamiento de Madrid  
y otras ilustres Corporaciones civiles y militares por el

R. P. FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

sacerdote de las Escuelas Pías de San Fernando de esta Corte.

Publicado por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento  
y con licencia de la Autoridad eclesiástica.



MADRID

—  
IMPRENTA MUNICIPAL

1900







*Non in multitudime exercitus victoria  
belli, sed de celo fortitudo est.*

No se alcanza la victoria por el número de los ejércitos, sino que del cielo viene la fortaleza.

(I DE LOS MACABEOS III, 19)

***Excmos. Sres, (1), hijos de Madrid:***

Nación que no canta sus triunfos ó llora sus desdichas en el templo del Señor, ni coloca las tumbas de sus héroes á la sombra del santuario ó bajo los brazos de la Cruz, ni señala con signo sagrado los días memorables de su historia, esta tal nación, como carece de vida y de nobles recuerdos, no podrá ser apellidada por sus hijos con el dulce nombre de Patria.

Y Patria que no pelea por la seguridad del hogar y del templo, ya amenazados de tiránicas huestes, ya de ideas invasoras y atentativas de las tradiciones de la fe y de la piedad, tiene muy próxima su ruina y perdición. Sus guerreros serán más sabios que esforzados, más temerarios que valientes; y como no defenderán en la pelea la verdad de la Religión, la santidad de sus hogares, los sepulcros de sus abuelos, ni el honor de sus reyes, no tendrán constancia en la refriega, ni heroísmo en sus haza-

---

(1) Presidían el Excmo. Sr. D. Manuel Allendesalazar, Alcalde Presidente de Madrid, el Excmo. Sr. Capitán General de Castilla la Nueva, el Excmo. Sr. Comandante General de Artillería y el Excmo. Sr. Presidente de la Diputación provincial.

ñas, ni paciencia en el infortunio, ni templanza en la victoria. Ya lo dijo Cicerón, siendo gentil, «que la grandeza de ánimo, que se conoce en los peligros y en los trabajos, si no está acompañada de la justicia y pelea por su interés y no por el bien común, no es loable, sino reprehensible, porque no es valor, sino una cierta fiereza enemiga de toda humanidad.» (1)

Y aquel sabio entre los reyes de nuestra Patria, como quien bien tenía aprendido qué cosa fuese valor en los hechos de su padre Fernando III el Santo, dejó asentada la norma de este valor en su Código de las Siete Partidas, (2) diciendo á los caballeros: «que de una parte habían de ser fuertes y bravos y de otra parte mansos é humildos.» Fuertes en el acometer á los enemigos y en sufrir los reveses de la fortuna y mansos en las tranquilas horas de la paz; bravos en la pelea sin escuchar los consejos del miedo, gran maestro de traiciones y crueldades, y humildes ante Dios, *que derriba á los poderosos de su silla y á los humildes exalta*; (3) largos de obras en el combate y cortos de lengua para hablar de las propias hazañas; fuertes y denodados contra las injusticias de los hombres y mansos y humildes ante la inexorable justicia de Dios.

Vestidos de estas armas nuestros soldados, mucho más duras que el hierro, y no confiando en la fortaleza de su brazo, sino en el poder divino, acometieron sus empresas y conquistas y vinieron al templo después de la victoria á arrojar ante los altares de Dios, hechas pedazos, las cadenas con que quisieron esclavizar su independencia.

Y si estas victorias son más triunfos de la Religión que desagravios del honor ofendido; si estas conquistas dan más campo á la Cruz de Jesucristo que tierras al

---

(1) Cicerón, lib. I de Offic.

(2) Part. II, tit. XXI, lib. VII.

(3) Cant. Magnif.

cetro de los Reyes; si estas hazañas no corren parejas con la dominación de Lidia, de Babilonia y Asiria por Ciro; ni con el vencimiento de la Armenia, de la Albania y de Judea por Pompeyo; ni con la destrucción del imperio romano de Occidente por los bárbaros; sino que son semejantes á la defensa del templo y del hogar por los Macabeos; á la derrota de Magencio por Constantino; á las victoriosas jornadas de la reconquista de nuestra Patria contra el alárabe poder y el grito de santa independencia contra las invasoras é impías huestes napoleónicas; entonces el templo del Señor abre de derecho sus puertas á los cruzados por Cristo, los arcos de sus naves son arcos de triunfo para los defensores de la Religión y la Patria, la música de sus salmodias y de sus ritos son los cantos de la victoria y la nube de incienso que se eleva repartiéndose en círculos azules, va formando coronas, trasunto de las del cielo, para la frente de los cristianos campeones.

Aquí se reunieron vuestros padres, hijos de Madrid, cuando los diezmados ejércitos franceses tramontaron el Pirineo, abatidas las águilas imperiales; y aquí doblais vosotros la rodilla para levantar al cielo una plegaria por las víctimas de aquella insolente ambición usurpadora, que comenzó sus sangrientos desmanes y desafueros por la matanza del Dos de Mayo, hoy que celebramos el nonagésimosegundo aniversario de tan memorable y gloriosísima jornada.

Y como de la oración nace la luz que ilumina nuestros senderos, y en abriendo los labios para orar, Dios mismo se apresura á venir en nuestro auxilio, veamos ayudados por Dios, qué enseñanzas nos da hoy el recuerdo de aquella página de nuestra historia; veamos, recorriéndola toda brevemente, cómo caen los pueblos y cómo se levantan, y cómo no se triunfa por el mayor número de los ejércitos, sino que del cielo viene la fortaleza para



vencer. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de celo fortitudo est.*

Veamos, en suma, cómo Dios nos favorece en la guerra de nuestra santa independencia.

## I

No fué esta la vez primera en que ojos codiciosos de las bellezas de nuestro suelo, quisieron enseñorearse con la conquista de nuestra patria: somos los vencedores de fenicios y de griegos, de cartagineses y romanos, de godos y de árabes, y las crónicas de nuestra patria llenas están de las hazañas con que defendimos nuestra independencia.

Alimento del valor es nuestra historia; por eso fueron héroes tan insignes las víctimas del Dos de Mayo, porque leyendo sus páginas ó escuchando sus tradiciones hazañosas, pelearon con el denuedo de nuestros mayores. Y como la historia es maestra de la vida, bueno será que, ya que tan bien sabemos imitar á nuestros padres en el valor, sepamos asemejarnos á ellos en otras virtudes; porque no es el valor solo y desamparado de toda otra ayuda el que da la victoria y aniquila los ejércitos invasores, sino la piedad que confía en Dios y pelea por la justicia; la piedad que se arrepiente de los delitos y se humilla ante la cólera celeste; la piedad que sabe que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios; ni Alejandro hacia el Oriente, ni Atila hacia el Occidente, como torbellinos de la guerra, sino impulsados por la soberana voluntad divina.

Dios es justo cuando premia y cuando castiga es justo. Dadivoso cuando remunera la moralidad de las naciones, dándoles buenos reyes para su mayor prosperidad y grandeza; y providente, cuando manda á los pueblos el azote

de príncipes perversos. «Que no se da, dice San Agustín (1), á los malos reyes la potestad de reinar, sino por la providencia de Dios, cuando juzga que las cosas humanas son dignas de tales señores. Dios da la felicidad del reino de los cielos á los piadosos y el reino de la tierra á los piadosos y á los impios, como place al que ninguna cosa injusta place. El que dió el mando á Mario, ese lo entregó á Cayo César; el que lo dió á Augusto, lo puso en las manos de Nerón; y el que lo entregó al cristiano emperador Constantino, ese mismo lo dió al apóstata Juliano.»

Y leyendo á la luz de esta cristiana filosofía las páginas de nuestra historia, vemos que Dios, que estuvo asentado en el trono con Recaredo, dando leyes sabias á los godos, porque obedecieron á su príncipe, abominando la pravedad arriana y regalándose con las máximas del catolicismo, vino del otro lado de los mares y de los pliegues del Atlas, con Muza y Tarik, para castigar con los desmanes de la invasión y la ignominia de la esclavitud, la torpeza de Rodrigo y las liviandades de sus vasallos.

¡Ay! ¿y quién podrá contar con ánimo sereno la grandeza de aquel estrago? Vencidas traidoramente nuestras huestes y ahogados nuestros capitanes en el turbio Guadalete, amancillado el hogar, ensangrentado el templo, despedazado el alcázar, despreciadas nuestras leyes, hecho liviano harem el santo refugio de las esposas de Cristo, mofadas nuestras costumbres, ¡arecía oírse la voz de Isafás resonando otra vez y anunciando las huestes de Salmanaasar y Senaquerib, asoladoras del pueblo de Israel y diciendo: «El Señor alzaré pendón en las naciones lejanas y les dará silbos desde los extremos de la tierra; y hé aquí que vendrán ligeras como águilas. Y sonará entonces

---

(1) De Civit. Dei. lib. V, cap. XXI.

sobre Israel como estruendo de mar y tinieblas de tribulación oscurecerán el día (1).»

Así caímos, porque volvimos las espaldas á los divinos mandamientos y porque como dice Santo Tomás (2), «la sabiduría y la potencia son hermanas y compañeras de la verdadera Religión, y en faltando la Religión, necesariamente ellas han de faltar.» Así cayó Constantino-pla tomada y destruída por los turcos, cuando los griegos volvieron las espaldas á la Iglesia.

Pero como los castigos de Dios son hijos de su amor, porque en Dios la misericordia y la justicia son una cosa misma, aquella invasión á deshora, tanto más desastrosa, cuando menos esperada, produjo los frutos que debía producir en bien de la nación española. Porque primeramente separó los ánimos esforzados de los flacos y pusilánimes y reunió en un haz los que no quisieron sufrir el yugo de la esclavitud, ni aceptar mercedes ponzoñosas de los conquistadores, y dejó á los medrosos en el mancillado hogar y á la innoble ambición de sierva ruín de la Media Luna y á los codiciosos de despiadados alcabaleros y cohechadores infames. A los unos puso sobre los riscos de Asturias con las armas en la mano y teniendo por enseña la Cruz y á los otros dejó en el ocio de los placeres y en el regalo de los favores de los dueños advenedizos, más esclavos con aquellos vínculos de oro, que los que rugían por valerosos y audaces, agitando sus cadenas en hediondos calabozos.

Mas no sólo produjo este fruto aquel castigo de Dios, si no otro más principal y de más pingües ganancias, y fué el de reconocer en aquellas airadas fustigaciones la mano de Dios irritado por los delitos y el volverse á Él arrepentidos, buscando la gracia y el perdón en su ros-

(1) Isaías, V. 26 y 30.

(2) Opúsc. XX, lib. II, cap. últ.